

LA VIOLENCIA INFLIGIDA A LOS POBRES

JOSEPH WRESINSKI¹

I. LA VIOLENCIA DE LA INDIFERENCIA Y EL DESPRECIO

Solo es miserable la persona que se encuentra aplastada por el peso de la violencia ejercida por sus semejantes. Es aquel sobre el que se ensaña el desprecio o la indiferencia, de los que no puede defenderse.

No puede hacer más que alejarse saliendo de los caminos habituales. Entonces, debe destruirse y pasar a ser la persona olvidada en las áreas de viviendas provisionales, las zonas marginales y los asentamientos informales. Es el excluido.

La violencia del desprecio y de la indiferencia crea la miseria, porque inexorablemente conduce a la exclusión, al rechazo de un ser humano por los demás seres humanos. Encierra al pobre en un engranaje que lo aplasta y lo destruye. Esto lo convierte en un subproletario.

La privación permanente de esta comunión con los demás, que ilumina y da seguridad a cualquier vida, condena su inteligencia a la oscuridad, amordaza su corazón en la preocupación, la angustia y la desconfianza y destruye su alma.

II. LA VIOLENCIA EN NOMBRE DEL ORDEN, LA RAZÓN Y LA JUSTICIA

Ni las personas subproletarias, ni las ricas son necesariamente conscientes de la violencia que pesa sobre el mundo de la miseria. Esta violencia muchas veces se esconde detrás de una apariencia de orden, de razón, e incluso de justicia.

¿Acaso no apelamos al orden moral para inmiscuirnos en sus amores pobres, presionándolos y, en ocasiones, denigrándolos, juzgándolos siempre, en vez de hacer de este un motor de su promoción familiar? Sin embargo, aunque no se ajusten a nuestra moral ni a nuestros códigos, son sin duda la única oportunidad que les queda para la confianza y el punto de partida de una vida más completa.

Para esta gente desafortunada el asentamiento informal podría haber sido un lugar de paso hacia un barrio más justo. En nombre de un orden social lo hemos convertido en un infierno, y hemos hecho de su vida un infierno con el pretexto de evitar que las familias se aferren a él y se queden allí. Nuestra prisa por imponer un orden nos hace olvidar al ser humano. Cuanto más precaria sea su vida y menos bienes posea, más se aferrará a ellos, por miedo a perderlos. No los cambiará de buena gana por algo que no puede conocer ni comprender.

¿No es también nuestra «razón» la que nos dicta que retiremos al subproletario su autonomía? ¿No sabemos nosotros mejor que él lo que le conviene? ¿Por qué situarlo ante decisiones reales que no podrá tomar? Así, llegamos hasta decirle el lugar donde tendrá que vivir. Después le acusaremos de no tener iniciativa ni ambición, y diremos: «Es que no quiere salir de su situación». ¿Cómo va a salir si nunca ha podido ejercer su propia razón?

En nombre de cierta justicia usurpamos incluso su responsabilidad como padre o madre, ocupamos su lugar ante sus hijos y afirmamos que no asume sus responsabilidades, lo condenamos. Así, nunca podrá llegar a ser realmente padre o madre, plenamente responsable de los suyos y de la defensa de sus derechos.

Después de rechazar todo lo que ha hecho, de denigrar lo que ha emprendido, de privarle de la mayor parte de bienes, hemos convertido a esta persona en un ser bajo asedio. Su queja no se ajustará a nuestras leyes, robará,

¹ Este texto, publicado en 1968 en la Revue Igloos/Le Quart Monde, se escribió en el marco de políticas de reabsorción, con frecuencia violentas, de los asentamientos informales de la región de París y de otros lugares.

cometerá asaltos y agresiones. Entonces, en nombre de la justicia, lo llevaremos a la cárcel. Y cuando salga de allí, ¿cómo podrá seguir respetando nuestra justicia?

Nuestro orden, nuestra razón y nuestra justicia se vuelven contra él. crean en su vida un orden singular que le conduce al desorden, a la sinrazón, a la injusticia...

III. EL ORDEN VIOLENTO ENGENDRA EL ORDEN DEL DESORDEN Y DE LA VIOLENCIA

En este orden, que a nosotros nos parece razonable y justo, la persona pobre se acomoda como si fuera una situación normal. Respeto las leyes y obligaciones. Es una persona aplastada y se comporta como tal, pero la violencia de este orden penetra en ella. La ley a la que está sometido será la que ella misma impondrá a otras personas, y las obligaciones que le imponen las impondrá a los suyos, a su entorno.

Sin embargo, no es una persona violenta como lo es el orden que se le impone, que no es ni coherente, ni lógico. Se verá impulsada por un reflejo ciego, torpe, ruidoso y su violencia, aparentemente, no tendrá finalidad alguna. Golpea a su esposa, insulta a su jefe, amenaza al funcionario de la oficina de desempleo, se enfada con sus amigos... No es un ser violento, es un ser furioso. Llega a las manos incluso con sus vecinos, insulta a las señoras caritativas que entorpecen su vida y que, bajo sus dulces modales, le parece que son los canales de la violencia incisiva e implacable que sufre...

De este modo, quienes no están en situación de pobreza huyen de este ser furioso, contentos, piensan, de salir tan bien del paso.

Huyen de este ser desquiciado y peligroso que se merece lo que le pasa. No se puede hacer nada; nunca se podrá hacer nada con él.

La sociedad, que cree que se basa en la razón y en el respeto al orden, no puede concebir esta forma de dialogo. Las iglesias pensarán que demuestran su buen juicio al abrirle el acceso a sus proyectos solo con prudencia o condescendencia.

Así es como la situación de la persona en situación de extrema pobreza en «nuestro mundo opulento» se han convertido en la más trágica que haya conocido el ser humano a lo largo de la historia. Nunca como ahora la persona en situación de extrema pobreza se ha visto tan truncada, mutilada, privada de su libertad, de sus derechos, de sus poderes, de su honor y de su amor, como hoy en día, la persona a quien se ha sometido a una violencia total en nombre de la razón, de la justicia y del orden establecido.

VI. EL SUBPROLETARIADO NO ES UN PUEBLO QUE ODIA

¿Qué clase de persona es entonces la que recibe este trato, a quien se conoce únicamente por el vicio, el pecado o la locura? ¿Quién es este ser humano cuyo rostro es el de los desechos y a quien, por otra parte, también reconocemos cuando decimos: «¿Acaso no tienen todas las sociedades su basura? La sociedad necesita desechos».

Reducido al silencio, como corresponde a quien es la vergüenza de la comunidad, privado de los principales medios de expresión, que son la palabra y la inteligencia, nos grita a través de su mugre, del olor de la miseria, de su forma de vida caótica y violenta. ¿Son gritos de venganza, de robo, de violación, de restitución? ¿Sus intenciones son realmente opuestas a las nuestras?

Este ser humano no es un desecho, ni es peligroso, ni siquiera le mueve el odio hacia quienes lo oprimen. Tras los cristales rotos de su casa, las tablas mal colocadas de su chabola, en el pozo de vergüenza que es su chamizo, en su iniciativa diaria de buscar trabajo, sin un amigo, una mano tendida, un Dios en el que creer, sufre sin tregua la violencia de una espera sin esperanza. Y si alguna vez cierra los puños, no es porque en ellos encierre odio, es que en la miseria no hay nadie a quien esperar, no hay un Jesucristo cuya mano estrechar con fuerza, cordialmente. Su violencia se construye desde la desesperación de la indignidad, no desde la convicción de sus derechos ni de la voluntad de reivindicarlos al atacarnos.

V. CADA VEZ CERRAMOS MÁS LAS PUERTAS DE NUESTRAS IGLESIAS

Sin embargo, la violencia llama naturalmente a la violencia, y nuestra respuesta a la violencia inconsciente y ciega de los pobres es el desagrado, el desprecio, un rechazo cada vez más intenso, es la exclusión del patrimonio común y el encierro en los barrios-vertedero. Nuestra respuesta es el policía, el coche de policía, la apisonadora que al arrasar el asentamiento informal destruye esta caricatura de propiedad privada de los excluidos: un poco de madera, un trozo de chapa ondulada o de papel alquitranado, alguna caja vieja encontrada entre los restos de un mercado...

Nuestra reacción es levantar un poco más los muros de nuestros intereses, de nuestros privilegios, de nuestras instituciones y reducir un poco más los resquicios de las puertas de nuestras iglesias, de nuestros templos. Nosotros, los que vivimos con seguridad, dormiremos tranquilos y en calma, ajenos a quien estaba a nuestro lado y era nuestro hermano.

Esa persona, que no es desecho sino una víctima, permanecerá abandonada en las zonas de mala muerte, en pensiones, en asentamientos informales. No queremos conocer su realidad y cuanto más nos encerremos en nuestras fortalezas menos capaces seremos de saber quién es realmente. Se ha convertido en un extraño para nosotros, en alguien cuyo sufrimiento consideramos justificado. Aceptar escucharle sería arriesgarse a perderlo todo, porque no se contentaría con un poco: querrá tomarlo todo, acapararlo todo, destruirlo todo. Somos muy conscientes del gran peligro al que nos expone, y hay que escapar a toda costa, aunque el precio a pagar sea la inhumanidad.

Todos somos responsables de estas reacciones brutales, incluso quienes, entre nosotros, participan en acciones de lucha contra la pobreza. Estas reacciones son culpa nuestra porque tenemos una tendencia excesiva a presentar la extrema pobreza como una cuestión menor, un pequeño olvido, un accidente insignificante en la historia de la humanidad que avanza. Y muchas veces proponemos respuestas incompletas, soluciones defectuosas. Sobre todo, esto no debe impedir la creación de ese nuevo mundo hacia el que nos dirigimos, hecho de nuevas Torres de Babel, de nuevas Columnas de Hércules.

VI. SERES HUMANOS QUE SE PIERDEN MIENTRAS CONQUISTAMOS EL ESPACIO

Aunque no queramos reconocerlo, también pensamos que lo más importante no es el riesgo de perder a un ser humano, sino el de frenar el progreso de los demás: construir aviones, crear fábricas, llegar a otros planetas. Esta es la verdadera historia de nuestra época. Y queremos formar parte de esta historia, de esta época. Por ello, querer eliminar la extrema pobreza no es un asunto tan importante: es un esfuerzo loable de algunas buenas personas un poquito excéntricas o utópicas. «Es una vocación especial», nos dicen a veces con indulgencia, «un carisma particular». Pero no es algo esencial, realmente no vale la pena comprometerse y «arruinarse» la vida.

Es que hemos malinterpretado esta violencia insidiosa y constante que se inflige a las personas en situación de pobreza y que provoca la pérdida de seres humanos mientras conquistamos el espacio. No hemos entendido que la torpe violencia del subproletariado, lejos de ser un accidente en nuestra historia, pone en tela de juicio a toda una sociedad capaz de perseguir su carrera hacia las estrellas mientras destruye seres humanos.

VII. LA VIOLENCIA DEL AMOR

Es cierto que la violencia llama a la violencia, pero ¿no hay más violencia que la de la exclusión, la de la bayoneta colocada en la barriga del pobre?

En nuestra opinión, hay una violencia infinitamente más eficaz. Tiene sus raíces en lo más profundo de nuestra naturaleza humana, se alimenta de nuestro corazón, de lo mejor de nosotros mismos, de nuestro anhelo de alegría, de que la paz se extienda y se ofrezca. Se alimenta de nuestro encuentro con el Dios de la caridad, con nuestro ideal de justicia.

Esta violencia es la que provoca las auténticas resoluciones, profundas y definitivas, las resurrecciones que dan vida, respeto, honor, gloria y felicidad a todos los seres humanos, sean ricos o pobres. A esta violencia, que es la del amor, es a la que nos entregamos algunas personas, lo queramos o no, porque somos realmente seres humanos y porque hemos tomado conciencia de que ningún otro ser humano, nunca, puede ser para nosotros un extraño o un enemigo.

El subproletariado también se ha entregado a ella. Si lo conociéramos, aunque fuera un poco, sabríamos que solo nos pide ser un ser humano y que no desea nada más. Nos pide que se trate y que se reconozca a todos los seres humanos como tales.

Solo pide eso, que la escuela sea para sus hijas e hijos el crisol de la inteligencia, que la Iglesia sea el camino hacia la comunión de todos los seres humanos ante el Dios de su fe, que la sociedad sea justa y franca, que la técnica y la economía estén al servicio del reparto de los bienes de la tierra.

El subproletariado pide, como nosotros, la creación de un mundo nuevo. El sentido de su lucha también es transformar las estructuras de una sociedad para que el honor, la justicia, el amor y la verdad sean los cimientos sobre los que todos los seres humanos —y, por lo tanto, él mismo— vean cumplidos todos sus derechos: el poder de pensar, de comprender, de amar, de actuar y de rezar. Si el pobre nos cuestiona, si nos pregunta y nos obliga a que nos hagamos preguntas, no es tanto porque nos pida que frenemos nuestro ritmo, sino más bien al contrario, porque nos obliga a ir más rápido y más lejos, a tener una visión y una ambición infinitamente mayor de la que tenemos. Nos impulsa hacia un auténtico vértigo de cuestionamiento general de la humanidad.

VIII. ¿SE CONVERTIRÁ LA PERSONA OPRIMIDA EN OPRESORA?

Es cierto que podríamos imaginar otra revolución, más clásica, en la historia del mundo, que consistiría en organizar a las personas pobres de modo que puedan arrebatarse el poder a los ricos y ocupar su lugar. Pero, ¿quién garantizaría entonces que el miserable, una vez se convierta en rico, sería mejor que el rico de hoy? ¿Quién nos dice que Lázaro, sentado a la mesa del rico, a su vez, no lo perseguirá para excluirlo? ¿Quién nos asegura que cuando sea poderoso no organizará a su vez la violencia y la destrucción? ¿No deberíamos suponer que de entre las personas pobres de hoy pueden surgir tiranos que oprimirán a los ricos desposeídos de su poder? ¿Cómo impedir que la justicia para todos, el honor y la oración para todos, se conviertan una vez más, a través de los miserables de ayer que alcancen el poder, en injusticia, mentiras, odio, la guerra del mundo del mañana?

La situación actual de las personas excluidas, la necesaria transformación del mundo a su favor, no debe hacernos olvidar este nuevo riesgo, que el subproletario, a su vez, intente oprimir y destruir al ser humano. ¿No proviene este riesgo cierto del hecho de que las personas en situación de pobreza ven cómo los poderosos de hoy viven en la abundancia y usan sus bienes para dominar y aplastar? Si un día el pobre ocupa ese lugar, ¿cómo no va a sentir la tentación de hacer lo que ha visto hacer y recrear la sociedad que ha conocido, basada en la violencia? Sin embargo, si al mirar a los ricos de hoy encontrara entre ellos a personas profundamente humanas, respetuosas con todos sus hermanos, grandes en su magnificencia, trabajando de verdad y de manera concreta en la creación de un mundo nuevo basado en la justicia, el amor, la verdad y la paz. Si encontrara entre los ricos de hoy a personas obsesionadas con la dignidad de sus semejantes, existiría alguna posibilidad de que optara por imitarlos y por colaborar con ellas en la creación de ese mundo.

IX. EL AMOR ENGENDRA AMOR

Desde luego, el mundo futuro es nuestra obra personal, tanto si lo construimos con las personas en situación de pobreza como si estas ocupan un día nuestro lugar para construirlo sin nosotros. Para que sea un mundo sin opresión, el mundo del mañana exige de nosotros que vivamos la realidad de la palabra de Cristo: «El reino sufre violencia». Pero es una violencia dirigida a nosotros mismos, una violencia para liberarnos de nuestro orgullo, de nuestro espíritu de dominación, que es abandono voluntario de los bienes que aportamos a la realización de la fraternidad, la verdad y la paz.

Si las personas en situación de pobreza nos vieran vivir realmente pobres nos mirarían, nos tomarían como modelo y haríamos de esa pobreza la verdad que Cristo exigió y practicó. La pobreza del Crucificado del Gólgota es una experiencia de vida, una exigencia, y no puede haber pobre verdadero de forma diferente de la que él eligió. Esto puede aplicarse a todas las personas que ponen en tela de juicio el mundo opulento de hoy. Si no se acepta pagar el precio que el propio Cristo nos señala, no se puede hablar de un mundo futuro más justo, más verdadero, más fraterno. El mundo futuro pasa por que estemos dispuestos a escuchar la llamada del amor que surge de la tierra. Pasa por nuestra renuncia. Sus fundamentos serán la puesta en común y el reparto de lo que se nos ha dado, para que todo sirva para todos, para su felicidad.

También es preciso saber que esta renuncia solo se aceptará y reconocerá como punto de referencia si nuestra desposesión continúa sin interrupciones, si nuestro ideal no es solo nuestra proximidad constante a la persona

más pobre, sino que pasa también por identificarnos con todo lo que en ella es verdad, amor y justicia, por solidarizarnos con su causa y amarla hasta tal punto que pase a ser plenamente nuestra causa, hasta hacerla realidad.

Entonces el subproletariado habrá encontrado en nosotros seres humanos a quienes imitar y no a quienes combatir, se unirá a nosotros para crear un mundo de justicia, un mundo de verdad, un mundo de amor y de paz. Y si en esa tierra todavía hubiera violencia, será la violencia del amor compartido.